

Se me acabó la batería. Y entonces me di cuenta de que estaba sola. De que no podía llamar a nadie. En cierto modo era romántico, casi como viajar al pasado. Me imaginé que era una doncella de la Edad Media, con un vestido azul marino decorado con tela dorada en el bajo de la falda. Me vi a mí misma montando a caballo, como si fuera una heroína. Y me imaginé muchas más cosas, no por otro motivo más que el que la imaginación es infinita, al menos eso creo yo. Es como una matrioshka. Pero eso ya es otro tema. En realidad no monté a caballo porque estaba en la ciudad. Hay algunas ciudades bonitas, pero no me gustaría vivir en una. Siento que me falta la respiración, y me agobia que al mirar al frente vea edificios y no montañas. A falta de un caballo, utilicé mis propios pies para andar. Me crucé con una señora que me dijo que se llamaba Araceli. Era una mujer mayor, de unos setenta años. Llevaba un jersey de colores muy alegres, y me la imaginé de joven, que haciendo cuentas sería en los años 70, y me pareció gracioso que tuviera setenta años y que hubiera sido joven en los 70. Me había parado para preguntarme la hora, pero no se la puede decir porque me había quedado sin batería y no llevaba reloj. Pensé que ahora, yo, era joven. Y me di cuenta de que iba a tener 20 años en los años 20, algo parecido a la situación de Araceli. Ella siguió andando y yo también (ninguna de las dos teníamos caballo).

Era el principio de la primavera. Yo paseaba por las calles, que en aquel momento me parecieron como las arterias de un gran cuerpo donde las personas serían la sangre. Claro que, hasta donde tengo entendido, los glóbulos rojos no piensan, y las personas sí (por lo general). Entré en la estación de tren, y por fin empecé a volver a casa, donde al mirar al frente se ven las montañas. El trayecto duró una hora, y los pensamientos pasaban por mi cabeza como pasa la brisa entre las hojas recién nacidas de los árboles, hojas de un color verde intenso, pequeñas, como hojas bebés, que con su presencia nos recuerdan lo increíble (en el sentido de increíble) que es la vida. Es interesante que la vida resulte increíble cuando nosotros somos vida. De hecho, es maravilloso que podamos maravillarnos por ello. Caminé entre los árboles, cogí una flor y oí los pasos de la gente caminando sobre los caminos de tierra. Los pájaros cantaban muy alto, y también ellos parecían estar contentos porque las primeras flores hubieran comenzado a florecer. Me senté, porque estaba cansada de andar, pero luego pensé que sería mejor tumbarme. Fui a la hierba, y me puse boca arriba mirando al cielo. Estaba rodeada de helechos, que como las flores son un símbolo de primavera. Arriba, en el cielo celeste, una ráfaga de viento rompió una nube blanca en dos. Oí a niños jugando y me incorporé para verles. Uno le dio un abrazo al otro, y después llegó una niña, mucho más pequeña, y los dos niños la dieron un abrazo. Algo en esa escena hizo que sintiera flores en el corazón, un corazón hecho de nubes como las del cielo. Miré a la flor que había cogido y que aún tenía en la mano. Me pregunté si hay gente que no puede asombrarse o emocionarse al ver una flor, y pensé que si existe gente así, me dan pena. No sé muy bien cómo, pero me volví a cruzar con Araceli. Me preguntó por la hora, pero una vez más no la pude responder. Me puso la mano en el hombro y me miró a los ojos. A veces, cuando veo a adultos, les miro a los ojos y me imagino cómo fueron de niños, porque en la piel salen arrugas, pero en los ojos, aunque puedan cambiar, no. Al mirar a los ojos de Araceli, vi a la misma niña pequeña que había visto antes, abrazando a los dos niños. Vi a una mujer que también había visto

cómo una ráfaga de viento puede romper una nube en dos. Araceli me dio las gracias y se fue. La niña pequeña se me acercó corriendo, y me preguntó cuál era mi nombre. Yo no me llamo Araceli, ni quiero llamarme así, y por algún motivo le dije; “Mi nombre no es Araceli”. La niña no pareció estar confusa por mi extraña respuesta. Me dijo que ella no se llamaba Jimena. Me dio la mano y yo me puse al lado de Araceli. La brisa pasaba entre nosotras como pasan los pensamientos entre los árboles de hojas verdes.